

MENDOZA

Las reinas visitaron la cárcel

Por ULISES NARANJO
De la redacción de UNO

Del lado de afuera de los muros había un sol tremendo y generoso. Ahí se juntaron el comisario Ricardo Rojas -director de la cárcel-, Mario Araniti -subsecretario de Turismo-, Lorena Lorca y María Elena Quinteros.

Los guardiacárceles estaban impecables y el edificio recién barrido. Claro, vienen las reinas y la prensa podía sugerirse. Sin embargo, los sucesos vividos en la cárcel de mujeres fueron tan gratificantes como históricos.

Histórico porque seguramente nunca majestades vendimiales visitaron la cárcel y, esto, digámoslo, gracias a que asumió el nuevo director, quien mejoró bastante las cosas ahí adentro.

Lo primero fue protocolar. Bueno, ya saben, eso de "chicas, vayan al comedor, las reinas traen una torta y bizcochuelo y van a charlar". Habló el comisario, habló Araniti -que ofreció el edificio de la subsecretaría para exposiciones- y hablaron las reinas, mientras el humito del té se levantaba de los vasos plásticos.

¿Cómo explicar las caras de las detenidas, viendo ahí, delante de sus narices, a dos bellas señoritas ataviadas con capas, cetros, coronas, bandas, cosméticos, tacos altos y soberanos peinados? ¿Y las de los eventuales hombres presos que las vieron pasar por el patio común que conecta ambas cárceles? Los tipos las miraban con el silencio que sólo portan los condenados, viendo dos figuras mezcla de ser celeste y superhéroe de comics.

Hubo un aplauso y se fue rompiendo el hielo. Uno de los niños lloró al ver a las reinas disfrazadas de reinas y Lorena también lloró con soberana delicadeza y las 41 chicas se fueron aflojando. Dijo la reina: "Nosotras represen-

La soberana vendimial y su virreina visitaron la Penitenciaria. Un histórico gesto que las enaltece

tamos a todas las mujeres de Mendoza. Y queremos compartir nuestro reinado con ustedes"; y la virreina: "Venimos a acompañarlas un rato. Estamos contentas, porque pudimos visitarlas".

Después, los funcionarios se sacaron fotos y dijeron cosas acerca de la importancia del evento y cosas por el estilo. Y los periodistas, en un hecho inédito, charlaron sin tapujos con las chicas, cigarrillos de por medio.

Los temas fueron saliendo y, en general, apuntaban al saludable cambio que el nuevo director había producido: "Es divino, menos mal que se fue el anterior que era un grosero. Ahora somos escuchadas; antes, éramos escoria", dijo una y todas asintieron. Algunas aprovecharon para pedirle a Lorena unas máquinas de coser y una maestra de primaria.

Contaron que hacen la comida y limpian y que tienen clases de gimnasia, yoga, pintura y hasta de computación. Que es duro estar adentro, que el grupo es importante, que algunas llevan siete años encanadas, que no tienen visitas íntimas, que hay homicidas, ladronas, mecheras, traficantes...

Hay un diminuto calabozo abierto, entra el sol. Hay pedazos de libertad pegados en las paredes, imágenes del exterior: propagandas de jeans, fotos sacadas de *Primera Fila*, modelos.

En el patio, hay palomas de la casa, libres en la prisión, y ropa tendida y árboles atacados por el mismo otoño de Potrerillos, del



Lorena y María Elena conversan con el comisario Ricardo Rojas y el subsecretario de Turismo, poco antes de ingresar a la Penitenciaria Provincial.

Parque, de las plazas, las avenidas, el campo, el patio de mi casa.

Gladys, Marta y Eva están contentas porque hemos ido; dicen que volvamos, que no se van a ir, que es fácil encontrarlas.

Llega el comisario y se ríe con ellas. Las presas, y esto no es verso, lo quieren y lo respetan.

Seguro que hay de todo, pero algunas son tan jóvenes que, a

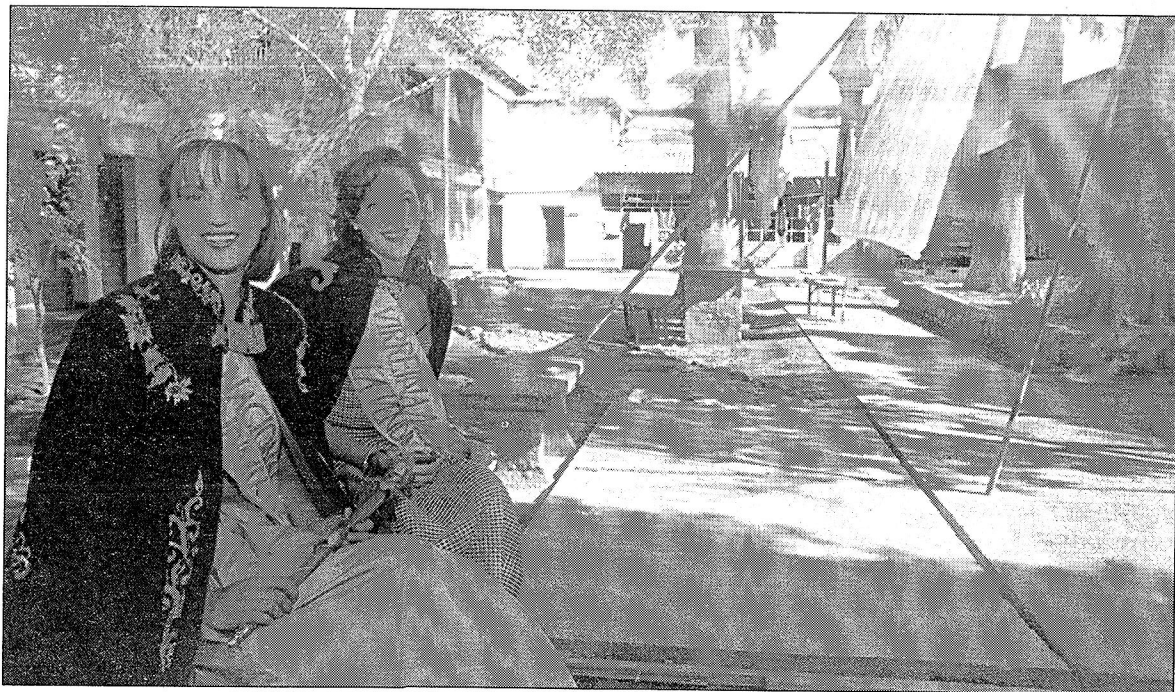
riesgo de poco originales, digamos que tienen niñas en los ojos. Algunas tienen tatuajes o pulseras de tela. Otras tienen a sus pequeños hijos con ellas y saben que cuando el niño cumpla los tres se tendrá que ir con cualquier familiar y volver los domingos a demostrarles los progresos en el lenguaje y en la vida.

Otras no tienen a nadie y se pintan las uñas para satisfacer la

imaginación, seducir al futuro, engañar al incontenible deseo y no olvidarse de que, a pesar de todo, son minas, qué carajo.

Las reinas prometieron volver, el comisario, abrir los candados. Ellas, las reclusas, no prometieron nada. Afuera, del otro lado del muro, seguía brillando el sol tremendo y generoso.

La cárcel es sólo una pared que divide dos mundos.



Dos símbolos de Mendoza: la nobleza vendimial y la cárcel de calle Boulogne Sur Mer.

Las soberanas volverán

En total, hay 41 reclusas en nuestra cárcel; cifra muy inferior a los más de 800 presos que purgan su condena a unos metros de ellas. Sólo la mitad está condenada, el resto se encuentra procesado.

Son controladas por cinco o seis agentes, mujeres también, por guardia. Y reciben visitas los jueves de 14 a 17 y los domingos de 12 a 17. Tienen un televisor, sin sistema de cable, donde ven novelas para acordarse de cómo era el amor o para darse cuenta de que ahora lo viven más que nunca.

La política del comisario Rojas dispone una apertura de la comunidad a la cárcel de mujeres, por ahora. Tanto es así, que las reinas prometieron volver cada quince días y encon-

Así lo prometieron a las reclusas y al director, quien aceptó la propuesta

traron todo el apoyo del comisario Rojas. "Ustedes van a poder transmitirme de manera directa las inquietudes que las chicas puedan tener", les aseguró.

La iniciativa es histórica. Las soberanas volverán a la cárcel -ojalá sin esos incómodos y hasta inoportunos atuendos vendimiales-.

No todo está perdido. Por fin, tenemos una reina y una virreina que se preocupan también por la vendimia de los perdedores.